

ban). Rafael está ya en edad de saber lo que se hace; y, fuera del derecho que da la compasión que inspiran las gentes que no saben manejarse, no tenemos facultad ninguna que nos autorice á meternos en sus asuntos. Se ha enamorado ciegamente, y va á casarse, claro está, con una venda en los ojos. ¡Qué le hemos de hacer! Compadecerlo. Por lo que hace á mí, en vista de la ineficacia de mis consejos y de la inutilidad de mis advertencias, he decidido abandonarlo á su suerte, con certidumbre de que el mundo le hará pagar bien cara su locura.

—Todavía no está casado,—replicó Margarita.

—Hay un dato para creer (dijo el Vizconde) que este amor le ha cogido de medio á medio.

—¿Cuál?—preguntaron á la vez la Marquesa, Matilde y Margarita.

—¿Cuál? Que hace ya dos meses largos que huye de los amigos, que está taciturno, que no juega, ni monta á caballo, ni ha tenido ningún lance, ni se le ve por ninguna parte.... Vamos, es hombre muerto.

—¡Basta! (exclamó la Marquesa.) Este asunto empieza ya á ser fastidioso. Hablemos de otra cosa.

En efecto: la conversación varió de rumbo; pero no tardó mucho tiempo en volver al tema obligado del casamiento de Rafael.

¡Pobre María! No sabía ella lo que le costaba

su triunfo sobre aquel hombre que la moda había hecho adorable.

VI.

¿Qué no hará una madre para casar á la hija de sus entrañas? En este punto me inclino á presumir que el amor maternal ha de tener que dar mucha cuenta á Dios. No todas las madres saben contenerse dentro de los límites regulares cuando se trata de conquistar un marido, sobre todo si presenta ciertas ventajas materiales; porque si las hijas suelen enamorarse desinteresadamente, las madres se inclinan sin vacilar en favor de aquel que, tuerto ó derecho, joven ó viejo, ofrezca el bolsillo más ancho, más hondo y más lleno.

No es esta ocasión á propósito para bosquejar en un cuadro completo, con todos los detalles necesarios, las coqueterías, las seducciones, las solicitudes, los medios de atracción, en fin, que despliega una madre poco discreta que se empeña en casar á su hija.

Es asunto más vasto de lo que parece, y necesita un estudio y un espacio de que no puedo disponer en este momento, en que el hilo de la narración tira impaciente de la pluma con que escribo.

Ya sabemos que el General es tío de la sobrina en quien Esteban ha fijado su pensamiento, ó, mejor dicho, su cálculo. La madre de esta sobrina es hermana del General, solterón invencible, que ha llegado á los sesenta años defendiéndose heroicamente de las seducciones del matrimonio. Según él mismo asegura, ha hecho la campaña de la vida sin caer prisionero. Se vanagloria de su arrojo en acometer y de la fortuna de sus empresas; pero su orgullo lo funda principalmente en la hábil oportunidad con que siempre supo emprender las retiradas.

Su hermana quedó viuda, y se habría visto reducida á crueles estrecheces, si el General no hubiera tomado á su cargo el bienestar de la madre y de la hija. Ésta había nacido y se había educado en esa falsa opulencia que dan los sueldos de los altos empleos; opulencia que desaparece como el humo al soplo de una cesantía, si el alto funcionario se ha contentado con los cuarenta ó cincuenta mil reales anuales correspondientes al sueldo de su empleo.

Gracias á la influencia del General, que pesaba tanto como la espada de Breno, el marido de su hermana, empleado subalterno, ascendió rápidamente, conservándose á flote, á pesar de los continuos cambios de ministerio que forman el oleaje continuo de este *mare magnum* que llamamos política. Mas si estaba asegurado contra

el golpe mortal de una cesantía, la influencia del General no era bastante para asegurarle el goce perpetuo de la vida.

Quiero decir, que la vacante que no habían podido hacer tantos ministerios, la hizo una sola pulmonía: el alto funcionario cayó herido por esa puñalada con que atraviesa los pulmones el viento sutil de Guadarrama, y la hermana del General quedó viuda. Lloró al difunto con amargas y abundantes lágrimas; pero su hermano la consoló pronto, señalándole una pensión equivalente al sueldo que acababa de perder al quedar viuda.

Ocurrió esto hallándose el General desempeñando un mando importante en América, y á su vuelta á España la sobrina se vió rodeada de pretendientes que aspiraron á su mano, contando con los dedos los millones que forzosamente debía haber traído, no sé si de Cuba ó de Puerto Rico, el ilustre veterano; pero el tío desmintió tan pingües suposiciones, reduciéndose á vivir humildemente en la modesta casa de su hermana, sin coches, sin caballos, sin pompa ni boato alguno.

Por algún tiempo se resistió la opinión pública á creer que el General hubiese vuelto á España con las manos en los bolsillos; mas viendo la modestia con que vivía, aceptaron la posibilidad del caso como una cosa verdaderamente

extraordinaria é inverosímil. Se había echado la cuenta sobre millones imaginarios, y, claro está, al desaparecer la supuesta riqueza del tío, desaparecieron los pretendientes de la sobrina. No cegaba á la madre el cariño maternal hasta el punto de creer que los encantos personales de su hija pudieran por sí solos conquistarle un marido digno de su posición, y luchaba inútilmente con su hermano, empeñada en convencerle de que convendría aparentar cierto desahogo en la manera de vivir. Mejor casa, mejor mesa, y un coche siquiera, eran indispensables para que la niña encontrara el partido que su esmerada educación requería. Pero el tío se encogió de hombros, diciendo:

—Gasta á tu gusto mi sueldo de cuartel; no hay otra cosa.

—Eso (replicaba ella) es condenar á tu sobrina, á la hija única de tu hermana, de tu única hermana, á que no se case nunca; porque no ha de apechugar con el primer *pelagatos* que se presente. ¡Ya ves! : tú no eres eterno, y calcula qué será de nosotras el día en que tú cierras el ojo.

—Por ahora (exclamaba el hermano) no pienso en semejante cosa. En cuanto á mi sobrina, hija única de mi única hermana, prefiero que no se case nunca, á que vengan á buscar en su mano el *gato* del tío. El que la quiera, la ha de querer pobre. ¿Me entiendes?

Y añadía :

—Además : si con mi sueldo no hay bastante para cazar un marido á tu gusto, no sé cómo demonios se ha de arreglar este santo.

—Lo que yo no sé (contestaba la hermana con la mayor naturalidad del mundo) es lo que tú has hecho. Te metes en un pronunciamiento que pudo costarte muy caro, sólo por ir á América; lo consigues, vas, estás allí dos años, y te vuelves lo mismo que te fuiste.... Semejante extravagancia es incomprensible. Durante la juventud has sido un loco de atar, y cuando te haces viejo, te vuelves tonto de remate.

Siempre que el General se veía acometido por esta observación, daba media vuelta, y emprendía la retirada, dejando á la viuda el vano honor de una victoria inútil, pues las cosas continuaban del mismo modo, sin que innovación alguna aumentase en poco ni en mucho el fausto de la casa.

Tal era el tema obligado de las conversaciones de los dos hermanos. La sobrina no tomaba nunca parte en estas controversias; y si se entablaban en su presencia, huía discretamente, merced á una seña de su madre, que al punto era obedecida.

Un día el General le dijo á su hermana :

—Veo que te domina el deseo inmoderado de casar á tu hija, y es preciso que reflexiones un poco y no violentes las cosas.

La viuda le contestó:

—Eso es: me cruzaré de brazos, y dejaré que el tiempo pase. ¿Te parece á ti que se le presenta á tu sobrina un porvenir muy risueño?... No, no quiero dejarla sola en el mundo.

—Y con esa inquietud, ¿qué consigues? Nada. Además, no es un caso tan desesperado.

—Cada día (replicó la atribulada madre) es más desesperado.... Mercedes (añadió bajando la voz) ha cumplido ya veinticinco años....

—¡Mire V. qué cosa tan rara! (exclamó el General.) Veinticinco años los tiene cualquiera. Es una edad á la que se llega muy pronto. Pero, en fin, tranquilízate, porque aun cuando tuviera cincuenta, te prometo que se casará.

—No sé cómo has de hacer ese milagro, si no la colocas en una posición brillante, donde luzca la esmerada educación que ha recibido. Á no ser que te propongas casarla de real orden con algún subalterno. Eso únicamente lo aceptaría yo en el último extremo.

—El último extremo no es ese, querida hermana: precisamente es todo lo contrario. Te prometo, para el caso en que Mercedes perdiera toda esperanza, un yerno ilustre, que ocupa una alta posición; que si le ocurre la tontería de morirse, le dejará lo bastante para que no tenga que llorar la viudez más que con un ojo, ó, mejor dicho, con ninguno.

—¿Dónde está ese hombre? (preguntó la madre de Mercedes.) Yo no lo veo por ninguna parte.

—En el mundo se encuentra todavía (contestó el General, guiñándose el ojo); y para que safores de antemano el triunfo de tu hija, te diré que ese hombre es incasable.

—¿Y por qué guardas tan buen partido para el último extremo?

—Porque ese buen partido soy yo, que me casaré con tu hija luego que hayamos perdido por completo la esperanza de que encuentre un marido á su gusto.

La viuda miró á su hermano con asombro, y estuvo á punto de llorar de agradecimiento y de ternura.

—Pero, Fermín (le dijo), tú que te has resistido siempre al matrimonio; que has rechazado las pretensiones de las mujeres más hermosas; tú que fundas tu gloria en haberte salvado del lazo en que todos caen, ¿será posible?...

—Es un sacrificio que hago por ti.

—¿Hablas formalmente?

—Yo (le contestó el General), hasta los mayores desatinos los hago con toda formalidad. No es lo que te propongo un disparate insigne, sino una sublime tontería. Desde luego el hombre que se casa no da una gran idea de su talento. Tú dirás que la gran mayoría de los hombres se ca-

san: es cierto. *Stultorum infinitus est numerus*: palabras nunca desmentidas, que quieren decir: *Es infinito el número de los necios*.

—Pues sería una gran desgracia que la inmensa mayoría de los hombres tuvieran talento, porque no se casarían, y entonces, adiós mundo.

—Precisamente (replicó el General) para que el mundo no se acabe ha dispuesto la Divina Providencia que el número de los tontos no tenga límites. ¡Ya ves!: á mi edad, la tontería no puede ser más completa.

—¡A tu edad!... (exclamó la viuda.) ¡Vaya, no eres tan viejo!

—No me adules, hermana; he cumplido ya sesenta y cuatro años.

—Creo que te añades años; pero aun cuando sea así, te conservas muy bien; eres fuerte, y estás hecho un *pollo*.

—Estoy hecho un *petate*, querida mía; y tú eres muy capaz de encontrarme joven como un *quinto* y hermoso como Marte, porque la idea de casar á tu hija te ciega deplorablemente, y ya no ves en mí más que un yerno que te conviene. Tus piropos, pues, me parecen de un gusto detestable.

—Eres feroz (dijo la hermana). ¿No te atreverías á mandar una batalla?

—Sin duda (contestó el hermano). Me siento con bríos para hacer saltar mi caballo por la

tronera de un cañón; es cierto: pero me tiemblan los huesos ante la idea de caer á los sesenta y cuatro años en el garlito del matrimonio. No es lo mismo ir á buscar noblemente una muerte honrosa, que resignarse á pasar los últimos días de la vida haciendo el cadete. Lo primero es heroico; lo segundo es ridículo. ¡Oh! ¡Y el cadete con la mujer propia! Conozco que hay en mi sangre algo de la sangre de los héroes; mas te juro que no tengo nada de mártir. Á caballo y sable en mano, voy al fin del mundo; pero no tengo valor para estar en berlina ni un cuarto de hora. Mas se trata de mi sobrina, y sobre todo de ti, que reventarás si no casas á tu hija; y ante esto cierro los ojos, porque no quiero que te pongas en ridículo, y te ofrezco mi blanca mano. No debe ser muy agradable tenerte por suegra; no obstante, cuenta conmigo; en el último extremo, me resignaré á morir siendo hijo de mi hermana.

La futura suegra miró á su hermano con ojos maternos, y dando á su voz el tono de la más cariñosa autoridad, dijo:

—Es un enlace que me lisonjea por todos estilos, y mi hija se dará por muy satisfecha con que tú la prefieras entre tantas como todavía se disputan tus obsequios.

Al oír estas palabras, soltó el General una estrepitosa carcajada, exclamando:

—Sí, presunta y querida suegra mía; aún hay mujeres que se disputan los dos entorchados que adornan las mangas de mi uniforme, buscando una viudez cómoda para pasar el resto de sus días.

—Sea como quieras; pero dime: si te consideras en un estado tan deplorable, claro está que no tienes tiempo que perder; y, en tal caso, ¿por qué aplazas tu casamiento con mi hija para el último extremo?

—Por dos razones, que no tienen vuelta de hoja.

—Primera.

—Porque todavía puede encontrar Mercedes un hombre que llene su corazón, cosa mucho más agradable para ella que hacerle cargar con el estafermo de su tío.

—Segunda.

—Porque lo último que se hace en el mundo es morir, y lo penúltimo que yo haré será casarme con mi sobrina. Y..., francamente, me divierte el mundo demasiado para que no desee vivir algunos años más.

—¡Oh! (exclamó la madre de Mercedes.) Has aprendido en los campamentos un lenguaje ininteligible. Expíciate, y di francamente lo que piensas.

—Pienso casarme *in articulo mortis*, ¿comprendes?... Si me resigno á ser tu yerno, es

con la condición de que seas mi suegra el menos tiempo posible.

—Eres atroz, hermano mío; pero, aun así, hay una dificultad que puede hacer imposible *nuestro* proyecto.

—Me admira, querida hermana, tu previsión. ¿Qué dificultad puedes encontrar á un matrimonio tan ventajoso?

—Una.

—Veamos.

—Supón que te mueres de repente.

—¡Demonio! (exclamó el General.) La cosa es posible..., y juro por mi honor que no me había ocurrido. Pero, no te apures: ya precaveremos esa eventualidad, y ten en cuenta que soy muy capaz de sobrevivirme algunos minutos por dejar viuda á mi sobrina.

Tal era el estado de las cosas cuando Esteban se propuso sondear el corazón de la madre, porque el de la hija creyó, y no sin falta de motivo, que estaba completamente de su parte; cosa bien natural, pues Mercedes no debía mirar con indiferencia á un joven de buena figura, de finos modales, que gozaba de creciente reputación en el foro, á quien la política ofrecía una brillante carrera, y que se hallaba admitido y se veía agasajado en los mejores círculos. Es verdad que su aspecto frío y su manera de ser reglamentada no eran á propósito para encender en el

corazón de Mercedes el fuego de una pasión; pero la hija de su madre no había de sacrificar á este pequeño inconveniente la felicidad de su vida, porque, por de pronto, su felicidad era casarse, y el tiempo pasaba rápido como una flecha, llevándose una á una las más risueñas esperanzas.

En una palabra: prefería los cautos y reservados obsequios de Esteban, al propósito, digámoslo así, póstumo de su tío.

Esteban no dudaba de que Mercedes admitía sus pretensiones, dándole de ello testimonio las diversas pruebas que recibía de la discreta sobrina del General, diestra, como todas las mujeres, en dejarse adivinar por los que tienen algún interés en adivinarlas.

Á la madre no se le ocultaban estas mudas inteligencias, favoreciéndolas en cuanto le era dable, porque aun cuando tal vez hubiera preferido á su hermano, era una perspectiva demasiado lejana para su maternal impaciencia. Además, la idea de la muerte repentina la tenía con el alma en un hilo. Es más: habría sido para ella un motivo de satisfacción poder decir á su hermano: «Javier, hay quien solicita la mano de Mercedes».

Y ¿quién sabe?... El corazón del hombre tiene tantas sinuosidades, que acaso el tío sintiera la comezón repentina de los celos, y acabara el

victorioso General convirtiéndose en vencido cadete. Entonces tendría Mercedes donde elegir, y el triunfo sería completo. ¡Oh! ¡Cazar á su propio hermano!.... Esto era para la buena señora un golpe maestro.

Por lo que hace al General, veía con gusto las vueltas y revueltas de Esteban, y guiñándose el ojo, se decía á sí mismo:

—Este muchacho, ó es más tonto que un poste, ó es un pillastre que se pierde de vista.

VII.

Imaginémonos ahora la deliciosa sensación que experimentaría la hermana del General al recibir de parte de Esteban la solicitud de una conferencia. Indudablemente el joven iba á presentarle sus pretensiones, desembozando por completo su pensamiento.

Veía la viuda en esta conferencia el doble motivo de dos satisfacciones: por una parte, la satisfacción del triunfo; por otra, la ocasión de una entrevista *tête à tête*, en que desplegaría los poderosos recursos de su astuta diplomacia, remachando el clavo de aquel amor, que estaba segura de haber inspirado á medias con su hija. Esteban debía estar encantado del afectuoso in-

terés que la amable señora le demostraba por medio de las más finas atenciones y de los más particulares obsequios.

La encontramos en los momentos en que uno de los ordenanzas del General, vestido, por disposición de la señora, con frac y corbata blanca, le anunciaba la visita del joven pretendiente.

—Gaspar (dijo la viuda con toda la majestad posible); que pase ese caballero al saloncito verde, y que espere.

Diciendo esto, reparó en la actitud militar del criado que tenía delante, y con mal disimulada impaciencia, añadió:

—Baje V. esa mano. No sé cuándo va V. á olvidar esos saludos militares. Le he dicho á V. muchas veces que mi casa no es un cuartel.

El ordenanza bajó la mano de golpe, permaneciendo *cuadrado* como un recluta, y la señora le indicó la puerta, diciendo:

—¡Ea! Despache V.

Giró Gaspar sobre el talón izquierdo, dió media vuelta, y salió derecho, con la cabeza alta, marchando al paso redoblado, como hubiera podido hacerlo en un *desfile*.

—¡Oh! ¡qué bruto es este hombre! —exclamó la hermana del General.

Probablemente hubiera cambiado de parecer si, en lugar de verlo de espaldas, hubiera sorprendido las grotescas gesticulaciones con que

el recluta acompañaba los movimientos acompañados de su paso marcial. Entonces, quizás le hubiera parecido demasiado listo aquel hombre tan bruto.

Luego que salió el criado, se acercó la viuda al espejo, se echó una mirada lenta y escudriñadora, se hizo á sí misma una señal de aprobación, dirigiéndose con aire majestuoso al saloncito verde.

No se crea que la buena señora conservaba aún pretensiones de agradar por los encantos exteriores de su persona. Nada de eso. Hacía ya algún tiempo que había tenido el discreto acuerdo de renunciar á la gloria de su pasada belleza. No obstante, todavía no rayaba en los sesenta; pero era una señora bastante juiciosa para no retirarse á tiempo. Otra hubiera esperado á cumplir los sesenta años; pero ella no quiso disimular por más tiempo las arrugas y las canas, y se declaró vieja á la tierna edad de cincuenta y seis años. Hasta entonces había sido una niña bulliciosa; mas de repente se hizo grave: hasta entonces había disimulado la edad, ó, por lo menos, había pretendido disimularla, y al transformarse de niña en vieja, pretendía disimular la índole especial de su carácter.

Su coquetería era seria, reflexiva: coquetería trascendental. Por eso, al examinarse en el espejo, no quiso consultar el efecto atractivo de

sus encantos, sino el efecto serio y, digámoslo así, diplomático, mas bien, oficial, de su severa *toilette*. Quería imponerse previamente al hombre que decididamente y con todas las formalidades de costumbre iba á pedirle la mano no extremadamente bonita de Mercedes.

Aquella madre sedienta de casar á su hija, que bebía los vientos por ser suegra, quería, en la presente ocasión crítica y solemne, elevarse á las alturas de una dignidad imponente. Consultó, pues, con el espejo la majestad de su porte y, digámoslo así, la formalidad de su vestido y de sus adornos.

Con el aplomo algo teatral de una gran señora entró en el saloncito verde, donde Esteban la esperaba de pie y con el sombrero en la mano.

La presunta suegra tendió la mano con grave afabilidad al presunto yerno, que él estrechó en la suya casi tiernamente, mientras ella se sentaba, diciendo:

—Amigo mío, es V. puntual.

—Señora (contestó Esteban), lo soy siempre: tengo el vicio de la exactitud, y espero que sea V. indulgente con esta flaqueza.

—¡Oh! No; la exactitud es una buena cualidad, que más bien merece admiración que indulgencia.

—Es V. muy bondadosa conmigo.

Esteban permanecía de pie, esperando que la señora lo invitara á sentarse.

—No hay que fiarse mucho de mi bondad,— contestó ella sonriéndose.

Al mismo tiempo le indicó con la mano una butaca próxima, y Esteban se sentó.

—Tal vez (dijo) he incurrido en una indiscreción provocando esta entrevista confidencial, y, si V. me lo permite, me reservaré el asunto de que deseaba hablarle.

Sospechó la viuda que sus últimas palabras habían despertado en el ánimo de su futuro yerno el recelo de una negativa, y se apresuró á enmendar su falta, diciendo:

—Quiero probarle á V. que no soy tan bondadosa como me supone, y le niego á V., por consiguiente, el permiso que me pide.

—Eso es colocarme en un verdadero apuro, porque yo contaba con su bondad, requisito indispensable, sin el que no me hubiera atrevido á solicitar esta audiencia.

La hermana del General se irguió satisfecha, viendo que entraba en la conferencia con una superioridad indisputable. Sin embargo, no le pareció prudente abusar de su posición, porque con un hombre tan tímido, ó, más bien, tan receloso como su futuro yerno, era expuesto mantenerse en alturas tan inaccesibles. No era cosa tampoco de dejarse caer de golpe. Su es-

trategia le aconsejaba ceder, sí, pero ceder poco á poco.

—Vamos (dijo): V. quiere que le prometa una benevolencia que sea el juicio anticipado y favorable, por supuesto, del asunto que se había propuesto consultarme; y si yo fuera tan condescendiente, formaría V. de mí una opinión poco lisonjera.... Antes de todo, necesito saber de qué se trata.

—¿Querrá V. creer, señora (advirtió Esteban), que la primera dificultad que se me presenta es la exposición del asunto?

—En ese caso (contestó la madre de Mercedes), nuestra entrevista será para entrambos muy agradable, lo cual no quita que sea completamente inútil.

—Hay un medio.

—¿Cuál?

—Tengo del talento de V. la mejor idea.

—¡Oh!

—Sí.

—¿Y bien?

—No le será difícil....

—¿Qué?

—Adivinar.

—¿Qué quiere V. que adivine?

—El objeto que me tiene en su presencia.

—Eso es tentar mi vanidad.

—No lo creo.

—¿Pues?....

—El enigma está claro.

—¡Oh!.... No tanto.

—Para V., clarísimo.

—¿Soy yo adivina?

—En este caso no necesita V. serlo.

—¿Cómo adivino entonces?

—Lo tiene V. ya adivinado.

—¿Desde cuándo?

—Por lo menos desde anoche.

—¿Cómo?

—Anoche, al salir del teatro, tuve el honor de que aceptara V. mi brazo.

—Es verdad.... Vinimos á pie. ¡Hacía una noche tan hermosa!

—Algo fría...., pero magnífica.

—Adelante.

—Desde el momento en que me vió V. en la puerta de su palco, dijo V. para sí: «Esteban tiene algo que decirme».

—Es posible.

—Luego, cuando le indiqué el deseo de consultarle un asunto de suma importancia para mí, no debió quedarle á V. duda ninguna.

—Tal vez.

—En ese caso, ya sabe V. de lo que se trata.

—V. lo supone.

—No...., tengo la certidumbre de ello. Pensar otra cosa, sería agraviar su fina perspicacia.

—Bueno: admitamos esa *bipótesis*,—dijo la viuda, pronunciando con cierto énfasis las sílabas científicas de la última palabra.

—¿Qué debo esperar? (contestó Esteban.) Esta es la cuestión.

—Vamos, déjese V. de circunloquios, y explíquese V. con franqueza.

—Yo aspiro á la mano de Mercedes.

—Así se habla.

—He dicho mal (añadió Esteban); aspiro á su afecto.

—Pagaré franqueza con franqueza. Lo sospechaba.

—Perfectamente; pero repito mi pregunta: ¿Qué debo esperar?

—Ya ve V. (contestó la hermana del General); se trata de los sentimientos de su corazón, y á ella sola pertenecen. Yo no me atrevería á violentar su voluntad.

—Eso está perfectamente dicho. Por mi parte, no pretendo que la autoridad de la madre influya en lo más mínimo en este asunto, y sólo aspiro á saber si V., señora, vería con gusto que el corazón de Mercedes me fuera favorable; porque si V. respeta las tiernas inclinaciones de su hija, yo, á mi vez, respeto mucho las justas aspiraciones de su madre.

Tomóse algunos momentos la viuda para meditar la respuesta, y le dijo:

—Creo á mi hija bastante juiciosa para temer que ponga sus ojos en persona que no sea digna de ella.

—Sin duda alguna; pero eso no resuelve mi dificultad. Yo no me determino á hacerle á Mercedes una declaración en regla mientras V. no me asegure que vería con gusto nuestro mutuo afecto.

—Es decir (exclamó la suegra, con cierta hilaridad), que viene V. á pedirme permiso para pretender á mi hija.

—Justamente.

—No es usual ese proceder.

—Para mí es un paso que juzgo indispensable.

Semejante yerno era para la madre de Mercedes la realización de un bello ideal. Era un yerno á pedir de boca, sobre el cual ejercería una influencia decisiva. Aquella sumisión le parecía encantadora, y resolvió preferirlo á su propio hermano. Decididamente, Esteban sería el marido de su hija. Planteada la cuestión en un terreno tan ventajoso para ella, claro está que no había de desperdiciar la fortuna que se le ofrecía. Se hallaba en el caso de imponer condiciones, y se dispuso á imponerlas.

—No puedo conceder el permiso que V. me pide (contestó), porque acaso sea V. aceptable á los ojos de Mercedes, y sería indiscreto impedir que V. acabe de probar fortuna; pero antes me

parece que debemos fijar algunos puntos, para el amor insignificantes, y que, sin embargo, tienen mucha importancia á los ojos de la experiencia.

—Yo (replicó Esteban) no deseo más que hacerla dichosa.

—Para eso (añadió la madre) es preciso conocer bien todas las circunstancias. Mercedes ha recibido una educación esmerada; lo ilustre de su apellido y la alta posición de su tío la colocan en un rango al que le sería muy doloroso renunciar.

Esteban se inclinó ante estas palabras, como si reconociera en ellas el peso de una razón poderosa, y se mordió los labios, tal vez porque semejante dificultad le pareciera insuperable, tal vez por no sonreírse.

—Reconozco (dijo) el valor de observación tan oportuna y tan justa. Sería un insensato el que aspirara á la mano de la bella Mercedes no disponiendo de un nombre ilustre y de una fortuna correspondiente al rango que ocupa en la sociedad.

Un espíritu suspicaz acaso hubiera creído distinguir un acento irónico en las palabras de Esteban; pero la madre de Mercedes, ni era excesivamente suspicaz, ni se hallaba en situación de apreciar estos pormenores. Semejante al cuervo de la fábula, se olvidó del queso que

llevaba en el pico, y cantó del modo siguiente:

—No dudo que Mercedes acepte la posición que V. le ofrece. Creo más: creo advertir en ella particular predilección por V. Esas cosas no se escapan fácilmente á una madre.

—¡Ay, señora! (exclamó Esteban, levantando los ojos al cielo.) Llena V. con esas palabras la medida de mi desgracia; acerca V. la miel á mis labios, precisamente en el momento en que tengo que apartar la boca para no probarla.

—¿Cómo es eso? (preguntó la viuda.) No comprendo....

Esteban tosió, como si quisiera disimular la inquietud que experimentaba, y contestó á su futura suegra, diciendo:

—Hemos convenido en que la felicidad de nuestro amor necesita la base de una pingüe fortuna, y ante esta verdad inexorable que oprime mi corazón, me revela V. con crueldad inaudita que tal vez Mercedes me ama. ¿Le parece á V. poco dura mi suerte?

—No entiendo,—replicó la madre de Mercedes.

—Señora (dijo Esteban con acento desgarrador y solemne): yo soy pobre, más pobre que las ratas.

—¿Y qué?

—¡Claro está! No puedo, no debo, no quiero aspirar á la mano de la mujer que adoro.

—Pero, señor, es V. abogado....; goza V. de una gran reputación, y eso es una mina.... Yo le veo á V. vivir con lujo.

Echóse Esteban una mirada de compasión, y exclamó, pasándose la mano por su naciente calva:

—¡Ay, señora mía! Todo eso es miseria, pura miseria. Apenas me da mi profesión para vivir muy modestamente á mí solo. Contrayendo las obligaciones que el matrimonio impone, tendríamos que renunciar á los esplendores del gran mundo. Un cuarto piso, una criada para todo, comer para vivir, y vivir para trabajar.... Tal es mi perspectiva.

—No es muy risueña por cierto; pero V. es hombre de carrera, y tiene un porvenir brillante.

—Esta es una cuestión demasiado positiva para dejarse alucinar por las esperanzas. Mi *bufete* es mi única fortuna, y los negocios van peor cada día. Soy pobre, no debo engañarla á V., y la aseguro que tardaré mucho en salir de mi obscura medianía. Ahogaré en el fondo de mi alma este amor, que á V. sola he confiado: amor ciego, que no ha reparado las dificultades de mi posición.

Diciendo esto se puso de pie, dando la conferencia por terminada.

—Esteban (dijo la madre): hace V. una ofensa

á mi hija, creyéndola interesada; y debo advertirle que Mercedes es capaz de cualquier sacrificio.

—Lo creo, señora; pero mi amor hacia ella no es tan egoísta.

Vió claramente la viuda que aquel yerno modelo se le escapaba de entre las manos; y creyó que con un golpe de celos podría traerlo á buen camino. Así es que le dijo:

—Mi hermano ha jurado que se casará su sobrina.

—¿Con quién?—preguntó Esteban.

—Con él mismo (contestó la suegra); pero....

—¿Pero qué?

—Ella no se decide, y V. debe tener la culpa.

—Me envanecería esa preferencia, si el General no hubiera cumplido ya sesenta años. Además, su hermano de V. es también pobre.

Estas últimas palabras las pronunció mirando atentamente á la buena señora.

—Me parece (dijo ella) que juzga V. con demasiada ligereza.

—Perdone V., señora; el amor es muy exigente y muy descontentadizo, y cree que alcanzar la preferencia de una mujer sobre un sexagenario, que además no es rico, es un triunfo poco satisfactorio para un corazón enamorado.

—Es que....—balbuceó la viuda.

—¿Qué?...—preguntó Esteban.

—¿Qué? Es un secreto que me había propuesto guardar.

—¡Un secreto!...

—Sí: primero lo sospeché, y después lo he sorprendido: mi hermano no es lo que parece.

Esteban hizo un movimiento de asombro, y preguntó muy formalmente:

—¿Acaso el General tiene el capricho de esconder la juventud bajo el aspecto de la vejez? Eso sería originalísimo, y enteramente nuevo. En tal caso, la preferencia de Mercedes sería para mí un verdadero triunfo.

—No posee mi hermano los encantos de la juventud; pero ha de saber V. que, si no es joven, es rico.

—¡Rico!...—exclamó Esteban.

—Sí; inmensamente rico. No hay inconveniente en que V. lo sepa, puesto que ha pensado V. formalmente en Mercedes ignorando esta circunstancia.

Esteban se quedó con la boca abierta, con todo el ademán de una persona realmente sorprendida, y la viuda añadió:

—¿Qué dice V. á esto?

—Señora, lo que acabo de oír llena mi alma de regocijo. Mercedes me ama, puesto que me prefiere á su tío..., á su tío el General..., á su tío, que habrá sido buen mozo..., á un tío incasable...; en una palabra, á un tío millonario,

del cual es sobrina única. Mi dolorosa resolución vacila ante semejante prueba.... Señora, tiene V. mi suerte en sus manos. Creo que al fin la fortuna ha de sonreírme. Si el *Foro* no me abre las puertas de la prosperidad con la urgencia necesaria, en la política se hacen rápidas carreras, y llegan á ser millonarios los más pobres. Seré ministro, y mi adorada Mercedes vivirá en la opulencia correspondiente á su rango.

Desde el día de esta entrevista se entabló entre la futura suegra y el futuro yerno una intimidad tierna y afectuosa.

VIII.

Rafael se paseaba por el no muy espacioso recinto de su habitación, como un león en la jaula.

Había agotado los recursos de su muda desesperación, mordiéndose alternativamente las uñas y los labios.

Había pasado la noche lo mismo; solamente que, en vez de dar vueltas por el cuarto, las había dado en la cama.

No hay cama más dura que aquella en que no podemos dormir.

El sueño es una de esas comodidades que no se venden en ninguna parte, y se observa que los pobres duermen á pierna suelta.